



**ABERRACIONES
PSÍQUICAS DEL SEXO**

MARIO ROSO DE LUNA

Aberraciones psíquicas del sexo o El Conde de Gabalis es la obra más rara y difícil de encontrar escrita por Mario Roso de Luna. A lo largo de estas páginas, Roso de Luna desarrolla en sus comentarios, enseñanzas y conocimientos desvelados de la obra *El Conde de Gabalis — revelaciones acerca de las Ciencias Secretas*, escrita por el Abate Villars en 1670. Debemos destacar que esta fue la última obra del Abate Villars y se da la extraña circunstancia que tras concluir la fue asesinado en pleno día en la ruta de Lyon. Tenía 38 años. Lo cierto es que, si bien en un disimulado tono irónico y satírico, indudablemente el Abate Villars reveló secretos cabalísticos más allá de lo permitido. Es sobre este texto que el Dr. Roso de Luna nos brinda a través de un excelente entramado de exposiciones, numerosos secretos y revelaciones sumamente profundas y controvertidas. Toda la obra trata sobre el comercio carnal entre seres humanos y espíritus elementales. Los amantes de los libros raros sobre esoterismo estarán encantados de poseerlo.

ÍNDICE

PREFACIO DEL TRADUCTOR-COMENTADOR

CHARLA PRIMERA

CHARLA SEGUNDA

CHARLA TERCERA

CHARLA CUARTA

CHARLA QUINTA

A GUISA DE EPÍLOGO

Ojeada general sobre el sexo y sus aberraciones.

PREFACIO DEL TRADUCTOR-COMENTADOR

EL sér humano está crucificado en el sexo, puede decirse desde que nace hasta que muere^[1]. Semejante limitación orgánica es la causa principalísima de sus luchas, de sus dichas y de sus desdichas a lo largo de la vida.

Hay en el diálogo *El banquete, o del amor*, dice E. GÓMEZ DE BAQUERO, un pasaje donde se recoge una extraña mitología que hizo su camino en Oriente y ha resucitado en el ocultismo moderno. Es aquel en que ARISTÓFANES dice que en otros tiempos la Humanidad tuvo una forma distinta de la que conocían los griegos. Se componía de hombres dobles de tres clases: unos, varones; otros, hembras, y otros, mixtos de varón y mujer, los andróginos. Estos hombres, que eran como una sólida pareja de hermanos siameses, fueron fuertes y audaces. Concibieron el proyecto de escalar el cielo y luchar con los dioses, como en más remotos días los Titanes. Júpiter quiso castigarlos; pero no se resolvió a aniquilar a aquella soberbia raza por no privar al Olimpo del culto y los sacrificios que ofrecían los hombres. Adoptó un término medio: dividió a los hombres dobles en dos mitades, a las que Apolo dio los retoques necesarios para que no quedasen demasiado imperfectas. Así nacieron las diversas atracciones del amor, las naturales, y las que el hombre normal mira como aberraciones (las faltas de ortografía de que hablaba ANATOLE FRANCE) por la nostalgia de cada sujeto hacia la mitad perdida.

Los teósofos modernos citan los andróginos platónicos como reflejo de la antigua tradición esotérica de una lejana raza bisexuada, así como invocan un versículo del Génesis: «Macho y hembra le creó», que tiene, sin duda, una explicación más sencilla dentro de la exégesis bíblica, como expresión abreviada de la creación de la pareja primitiva, en un relato en que se han acoplado las dos versiones «el elohista y el jehovista».

No consumada todavía la emancipación del crecimiento, desde la vida intrauterina hasta la pubertad, el sexo cobra plenamente con ésta con sus tiránicos fueros, si es que, como, siguiendo a Freud, indica el doctor MARAÑÓN en sus recientes obras^[1], no empieza a cobrarlos ya muchos años antes, al apuntar hacia los cinco años los prodromos de la sexualidad.

Y una vez que empieza a imponer el sexo su imperativo categórico, orgánico y aun psíquico, ya no le pierde jamás, a lo sumo, en edades avanzadas del hombre y después del fenómeno de la menopausia en la mujer, el sexo deriva extrañamente hacia misticismos muy varios, que la Ciencia dista mucho de haber estudiado todavía. ¡Es «la herida de Amfortas», en el *Parsifal*, de WAGNER; la llaga terrible, que nunca querrá sanar; la propulsora eterna de grandezas y locuras, de heroísmos y de crímenes, de ensueños, esperanzas y desilusiones proteicas; del Arte, en suma, y de la Historia y de la Vida!

La crucifixión aquella en el sexo y por el sexo, no es tampoco exclusiva del hombre. Compártela éste, en efecto, con los animales todos, si es que ella no es en sí la característica animal de su complejísima contextura que le hace ser al modo de la simbólica flor del Loto, con sus raíces en el cieno del pantano; sus tallos, emergiendo de las aguas tranquilas; sus hojas, extendiéndose verdes y lozanas en el aire, y sus flores, alegría de la vista, saturando de fragancias su derredor. La Edad Media, en la noche de su ignorancia,

no fue más allá en el problema del sexo, pero hubo de sobrevenir el sabio Linneo, sorprendiendo al mundo con la revelación del sexo en las plantas y viendo en las flores —el encanto mayor de la naturaleza animada, después de la mujer—, un tálamo de amor, ¡el ciego amor vegetal!, tálamo en el que, sobre el cáliz floral —¡cáliz había de ser en dichas y amarguras!—, masculinos estambres y pistilos femeninos se con jugaban sublimemente en el policromado seno de la corola circunvaladora, para dar nacimiento a la semilla, futuro germen de otras plantas análogas, que oponer, con su continuación indefinida sobre la Tierra, a la destructora acción de la Naturaleza, haciendo verdadero una vez más el aforismo de que el Amor es más grande que la Muerte, y que *Mors-amor* —Muerte y Amor—, el título genial de la más grande de las obras de D. JUAN VALERA, son los dos platillos de la balanza de la Vida, con cuya oscilación eterna, que tiene mucho de flujo y reflujo del mar, se mantiene la economía del Universo, haciendo que la Muerte venza al Individuo, y sea, a su vez, vencida por la Especie, que es lo que los viejos hindúes quisieron simbolizar con la eterna lucha del Brahmâ creador —Brahmâ no es un dios como vulgarmente se cree, sino el Germen, de la raíz sánscrita *brig*, crecer, extenderse, propagarse—, y el Shiva destructor, o más bien, reformador para nuevas creaciones...

Y la botánica postlinneana hubo de comprobar bien pronto que la separación sexual del estambre y el pistilo era ínfima en las flores llamadas *monoicas*, haciendo de éstas verdaderas entidades arídróginas, pero era completa en las plantas llamadas *dioicas*, en las cuales el órgano masculino floral estaba en un tallo o individuo diferente que el órgano femenino, observándose casos admirables como el de aquella palmera hembra del Jardín Botánico de Madrid que, a pesar de no tener palmera macho en el resto del recinto, era fecundada anualmente por el polen de una de estas últimas, situada en el patio de las Salesas Reales, a

dos kilómetros de distancia de aquélla. También se comprobó, en corroboración de que el instinto sexual, aun en las plantas, es más fuerte que el mismo instinto de conservación, el caso de la Vallisneria, del que MAETERLINK, uno de los más áticos escritores botánicos, nos ha dejado una descripción hecha de mano maestra^[1].

Pero todavía le queda mucho que avanzar a la Ciencia en el sentido del estudio del sexo en la Naturaleza, no limitándole, como hasta aquí a animales y vegetales, sino extendiéndole a todo cuanto nos rodea: minerales, átomos, moléculas, células y astros y haciendo del estudio del Sexo Universal la llave maestra de los secretos del Cosmos, porque si el Sexo es en sí limitación, la unión de los sexos contrarios es propagación indefinida: ¡la finitud de la Dualidad, venciendo con su reciproca compenetración al Infinito!

Porque, orgánica y filosóficamente el fenómeno de la copulación sexual, no es más que la cesión que el demento llamado masculino hace al elemento femenino de algo que aquél tiene y del que éste carece, razón por la cual la sabiduría del Lenguaje —otra de las claves del Misterio que nos cerca—, ha llamado a dicho fenómeno «comercio sexual», en recuerdo de la esencia misma del «fenómeno Comercio», nacido con la Humanidad en forma de permuta, o sea de cesión de algo que se tiene y no se necesita o acaso estorba por su misma abundancia, a cambio de algo de que se carece, y en tal sentido ese «cambio de lo que se tiene por lo que no se tiene y se desea», es común a todo cuanto existe en el Universo, constituyendo por ello *la esencia misma de la Vida*, que es precisamente Vida por el Sexo.

En tal sentido la Química no viene a ser sino el estudio del sexo en moléculas y átomos. Si la Filogenia y la Ontogenia nos enseñan que la vida terrestre ha nacido del mar, es decir, del Agua, la Química moderna ha comprobado este principio, que en la presente obra nos es imposible, científicamente, desarrollar, de que: *todas las reacciones de*

la Química, producen agua o descomponen agua, o, finalmente, y cuando esta última aun no aparece por falta de alguno de sus dos componentes, colocan los elementos de reacción en condiciones de producir agua o descomponer el agua en una reacción ulterior^[1].

Así, si el agua es la Madre, y «aguas madres» se llaman, por cierto, a los residuos de la cristalización por la vía húmeda, el Agua es, a su vez, *el hijo* en toda reacción de ácidos y bases para formar la sal (unión de los residuos, ligaduras *post copula*, que podríamos decir, y que no es extraña alguna vez en el mundo animal), siendo, además, el agua el prototipo del androgenismo químico, porque, si bien el voltámetro descompone su molécula en un átomo de oxígeno y dos de hidrógeno, la verdadera rotura del agua en las reacciones hace de ella dos partes: una de un átomo de hidrógeno (H), que actúa en las reacciones a guisa de elemento ácido, y otra de un oxihidriilo (OH), que, por su parte, obra como elemento básico, haciéndose así del agua, por su H hidrogénico, el último, el menos ácido de los ácidos, y por su (OH) oxihidrilico, la primera o la menos alcalina de las bases, cosa que, con su mayor calor específico, es la causa de la decisiva importancia del agua en la Naturaleza.

Queda con ello sentado —más lejos nos es imposible ir aquí— que bajo el nuevo «sentido sexual» de nuestro presente Ensayo, todo ácido es «masculino» y apto, como tal, para ceder un hidrógeno al copularse con el oxidriilo de la base, la cual base es, por tanto, «femenina» a su vez. La molécula H -(OH), pues, es *el hijo* de semejante «comercio sexual químico», y los ligados residuos radicales, o «progenitores» de aquella molécula del agua, quedan en condiciones de latencia química para reconstituir su recíproco y perdido «sexo», destruyendo en Mteriores reacciones la molécula de agua, es decir, «devorándola» como, en el simbolismo del mito, se dice que Saturno devoraba a sus hijos, porque éstos, cual más tarde hizo con él su propio hijo Júpiter,

amenazaban privarle de aquella su virtualidad creadora como tal dios... Es frecuente, desde luego, en la Filosofía antigua encerrar en anagramas, mitos y símbolos, las verdades científicas trascendentes, para preservarlas de las ignaras multitudes, como aun el mismo HUYGINS hiciese en los tiempos modernos, encerrando en un anagrama en el que la propia astucia de KEPLER no pudo descubrir nada, el descubrimiento astronómico del Anillo de Saturno.

Y si éste es el «fenómeno de la sexualidad química», también existe lo que, glosando a MARAÑÓN, podríamos calificar, pintorescamente, de «química homosexualidad», que es el operado, al modo del ya dicho de los ácidos con las sales, entre moléculas homogéneas o del mismo sexo químico. Tal es el caso de dos moléculas «femeninas» de cualquiera de los infinitos alcoholes, de oxhidrilos básicos copulables con el hidrógeno de los ácidos. Y quienes, cuando actúa sobre ellas el calor, eterno activador de las reacciones, si no tienen ácido con el que unirse, se unen entre si, generando «agua» y transformándose las dos moléculas de alcohol en una de éter. Hay, en fin, la «autosexualidad química», por la que, moléculas ya muy complejas, como las albúminas y las lactonas, copulan hidrógenos y oxhidrilos de su propio seno, viniendo a ser así, con su complejo edificio estereoquímico, verdaderas *plantas* de lo infinitésimo, en los que los «estambres hidrogénicos» y los «pistilos oxihidrilicos» yacen sustentados por el mismo «pie arbóreo-molecular»...

De la sexualidad «de átomos y moléculas» se podría decir mucho más, porque, presididos, sin duda, por esa suprema *Ley geométrica* que rige al Cosmos, según PLATÓN y los pitagóricos, todas éstas cristalizan en alguno de los sistemas regulares de la ciencia cristalogénica, y alguien ha demostrado ya también «el origen poliédrico de las especies mismas»^[1].

En cuanto a la sexualidad de los astros, ella es evidente ya para muchos filósofos astrónomos, y, habiendo tratado de esto en muchas obras^[1], no habremos de hacerlo aquí. Baste apuntar tan sólo que los últimos estudios sobre los cometas empiezan a considerar a éstos como verdaderos «espermatozoides cósmicos», que, tras los más raudos y «locos» recorridos «juveniles» por el espacio sin fin, acaban siendo aprisionados por unos verdaderos «óvulos femeninos», constituidos por el Sol y los «anillos» o «esferas» en los que se mueven los planetas, y aun por estos planetas mismos. Operada tamaña «fecundación», el núcleo cometaryo, como pasó con el cometa Biela en 1866-72, se descompone en mil fragmentos productores de sendas «lluvias de estrellas», con las que aquel «espermatozoide celeste» es absorbido, como por la fecundación es absorbido el espermatozoide orgánico por el óvulo así fecundado, para determinar seguidamente la primera cariocinesis del organismo del «hijo». Miles, millones de tales inertes fragmentos acaso, como sospecha la teoría meteorítica de LOCKIER, caen sobre el Sol, «alimentándole» (nuevo brote del mito de Saturno), e igualmente sobre la Tierra y los demás planetas. Cada uno de estos últimos, en efecto, tiene aún ligados a él varios cometas «de su familia», «espermatozoides» aun no destruidos, pero que habrán, temprano o tarde, de ser absorbidos «genésicamente» por ellos, como va dicho. Esto sin contar con que la propia Luna gira en torno de la Tierra, como el «espermatozoide» en torno del «óvulo» antes de fecundante, y la pronosticada disolución de la «masculina Luna» en el ámbito «ovular» de la «femenina Tierra», es cosa descontada para época felizmente muy distante, por muchos de aquellos astrónomos filósofos.

Y no sólo astros y átomos obedecen así al imperativo del Sexo, sino que, con el simbolismo sexual, podemos sintetizar brillantemente el metabolismo de cuanto nos rodea, pues todo es según el criterio dual de lo masculino-femen-

ino, positivo-negativo, latente-radiante, activo-pasivo, cálido-frío, luminoso-tenebroso, y demás «contrarios filosóficos», contrarios por su misma sexualidad trascendente, sin la cual nada nos es dable hacer en el mundo, pues, como muy al por menor detalla, D. RAFAEL SALILLAS, en su *Teoría básica o sexual*, todo es según la ley del *lingham* y el *yoni*: la llave y la cerradura, el pernio y su hembra, la ensambladura entrante-saliente, el arado y la tierra, lo cortante y lo cortado, lo vencedor y lo vencido, el operador y lo operado, la pérdida y la ganancia, el abandono y la posesión, la acción y la reacción, el impulso y la caída, el empuje y la brecha y mil conceptos más recíprocamente «sexuales», de los que tan superabundantemente abunda la literatura picaresca de todos los tiempos y países, literatura cuyo pecado estriba sólo en haber tratado de dar como «recreo prohibido» o lleno de alicientes morboso-imaginativos, lo que sólo debiera ser tratado con la mayor pureza y toda la sublimidad posible que corresponde a uno de los más sacrosantos misterios de la Naturaleza. ¡*Sancta, sancta sunt tractanda!*

Durante siglos muy lamentables se ha vivido en una gazmoñería letal acerca de estas cuestiones. Hoy, en cambio, todo el mundo clama con nuestro simpático escritor ERNESTO LÓPEZ PARRA: «¡La verdad, Señor, la verdad!», y con él dice: «Si la vida es dura y mala y nos acecha una adversidad, preferible es hacerla frente a refugiarnos en la mentira de una rosada esperanza... Pero no puede vivir feliz el que no quiera saber si vive de mentiras o de verdades, y menos aun quien, convencido de que vive de mentiras, se resigna a seguir viviendo. No hay amor sin verdad, como no hay verdad sin amor. «La única fe admisible es la fe de la verdad», ha dicho BUCHNER, condenando el fanatismo de las religiones positivas.

«¡La verdad, Señor, la verdad!

»No puede consolarnos de nuestras penas el engaño, ni logra vivir en paz mucho tiempo quien de mentiras vive, porque la verdad le sale al paso con el frío de su realidad y de su justicia. Los que amasan su historia con perfidias, mintiendo cínicamente un crédito que mermó su propia insinceridad, viven siempre en precario; su vida es una letra cuyo vencimiento ha de llegar antes de que se cumpla el plazo. La verdad, cualquiera que sea. Combatir con ella, es librarse de todas las asechanzas y prevenirse contra todos los peligros posibles; es limpiar el aire de miasmas y el espacio de sombras, y el corazón de rencores y de dudas. Morir es ahogarse en mentiras; caer en la sima en que cayó Hamlet y debatirse como Segismundo en una lucha agotadora y estéril. Hay quien teme a la verdad, porque en ella se ejecuta sin querer, porque es la horca de los que van viviendo del miedo de los demás y de su propio miedo. Pero los que hicieron de su vida un culto y viven con los ojos abiertos a las verdades eternas, se asfixian cuando sus pulmones tienen que respirar el aire del engaño, que es siempre aire de esclavitud...».

Pero verdad alguna de las que el mundo busca, o acaso más bien de las que el mundo rehuye a tenor del mito de Lady Godiva, está más rechazada que la verdad sexual, la ley que, por vía fisiológica, impulsa al amor de la pareja humana, forma el hogar, alimenta, educa, instruye y hace hombres a los hijos, venciendo así por mágico Poder del Amor, que crea, al también mágico poder de la Muerte, que destruye. Y le vence en epopeya creadora con la que nuestra finitud en Espacio, Tiempo, Cantidad, Forma y Materia, alcanza a lo Infinito, asegurando, tras la fugaz personalidad de los dos consortes, la perpetuidad del Hombre sobre la Tierra.

Pero microbio alguno moral hay que ataque tan directamente a la Santidad del Sexo como la mala literatura tan en boga siempre en el mundo, desde las crudezas de *Las mil y una noches árabes* —no *Las mil y una noches primitivas*

ariohindúes, hoy perdidas, y de las que sólo podemos coleccionar cómo fueran en su grandeza, a través de estas últimas, crudamente traducidas al francés por el doctor MARDRÚS y al castellano por nuestro BLASCO IBÁÑEZ—, desde *Las mil y una noches*, repetimos, hasta la obra del abate VILLARS, que vamos a comentar, a través de toda esa literatura del medioevo conocida bajo el nombre genérico de «literatura picaresca», y hoy continuada con tan lamentabilísimo éxito por escritores de primera fila, que en vano quieren sembrar de rosas de estilo, los estiércoles de unas tristes realidades que debieran ser silenciadas en honor mismo de la verdad, ya que si ellas son «una verdad animal», no son «una verdad humana» en el sentido de un sublime Ideal literario que, volando a inmensa altura sobre ellas, no debiera alcanzarlas a ver, precisamente por su misma elevación, ya que el verdadero Arte debe estar siempre tan por encima de la Realidad —mejor dicho de dos crudos realismos» que no son sino una parte, mínima e inferior, de la Realidad aquella—, como lo están de la Tierra los soles del Firmamento...

En esto, *El Conde de Gabalis* tiene tantos precursores como continuadores.

D. JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO, al dar por vez primera en castellano y comentar *Los caprichosos Diálogos del divino Pedro de Aretino*^[1], o sea los célebres *Ragionamenti* que se comunican, con sin igual licencia de lenguaje y de fondo, las dos prostitutas romanas *la Enana* y *la Antonia*, nos dice de aquel continuador de la *Priapeya*, de VIRGILIO, y las tan lascivas composiciones de los clásicos OVIDIO, JUVENAL y MARCIAL, y el precursor también del *Decamerón*, de BOCACCIO, de la *Celestina*, de FRANCISCO DE ROJAS y demás obras célebres en estas peligrosas materias, nos dice al comienzo de su obra: «Nació PEDRO ARETINO en un hospital y murió en un palacio. Su vida fue una tempestad y fue una llama. Su vida fue una vida llena de misterios y de luz, llena

de odios y de amores: existencia de hampón y de rey. Fue ARETINO un canalla magnífico, que convertía en rayos de gloria los puñados de fango. Pisoteó los altares, los tronos, el solio del Papa. Su risa hacía temblar: la risa fue el resorte de su grandeza y de su triunfo. Cuando escribía sus libros de devoción hipócrita, ponía a la carcajada un disfraz de oración; cuando ensalzaba en una carta la virtud de un magnate, iba el burlón desprecio a ese poder como postdata que río se veía en ella; y hasta cuando el Amor le hizo llorar, mofóse del Amor con más sangrienta mofa, y hasta cuando enfermó y se murió, nació una fábula diciendo que había muerto de risa. Y la leyenda fue creída, porque el ARETINO había hecho escarnio de Dios y de los hombres, y del Amor y de la Muerte; porque al abrirse los ahondadores ojos de su genio, se vio puesto en el mundo para ir por él vilipendiado y dolorido, pasando hambres y penas, sin llevar un nombre, ni una esperanza, ni un cacho de pan, y él no quiso ir así; y él debe ser bendito, porque, aunque fue ladrón y falso y cínico y cobarde, se reveló contra la Suerte, y la venció. ¡Mucho llevaría dentro de su cabeza de lobo, y amargura bastante tendría su alma, más grande que sus vicios, cuando del miedo ajeno y entre el odio común, se pudo hacer PEDRO ARETINO un látigo de oro, una mesa de hartura, el florido lecho de sus cien hermosas y una eterna aureola para ese nombre que le dio su pueblo, ya que en Arezzo no había tal vez un nombre bastante cierto de poder darle el suyo!». «Nació en 20 de Abril de 1492. Fue hijo de carne de placer. Su madre era modelo de pintores y cortesana de baja ralea. Se llamaba Tita. Durante mucho tiempo se vio su efigie sobre la portada de San Pedro de Arezzo, representando a la Virgen María, que recibía del arcángel Gabriel la Anunciación. Y varias veces Pedro, en sus escritos, se envaneció de que su propia madre, pobre y bella hembra de mil machos, hubiera sido al par madre de Dios,

merced a los pinceles que hicieron de ella aquella santa copia».

De nadie, pues, como de PEDRO ARETINO, verdadero *Solimán* moderno cual el que en nuestro Romancero lleva este título, y de Su pobre madre, que así rodó por la fatal pendiente, se podría cantar:

«Las dueñas y las doncellas
están cansadas de hilar:
la condesa es la más triste
de las que tuercen torzal.

—«¡Canteisnie, mis doncellicas,
canteisme un lindo cantar!»—

Las que tienen voz delgada
cantan todas a compás;
la condesa para el huso,
no la pueden alegrar.

Ya canta la cautivada
la historia de Solimán:

«En la silla del caballo
brama como un vendaval,
no deja cosa con cosa
de Gecira a Gibraltar
roba a todos los que tienen
buen caballo o buen caudal;
da oro a la gente pobre
y ahorca a la principal;
pone los pies en las cruces
por ser pecado mortal;
va forzando a las doncellas
que tropieza al montar;
porque no sean malas madres
en su pecho hunde el puñal.

—«¡Luego que estés enterrada,
hijos no me parirás,